

de someter á su beneplácito su Constitución, para que hiciese algunas alteraciones que diesen más robustez á la autoridad del poder ejecutivo. La república Cisalpina, compuesta de la Lombardía, del ducado de Módena y de las Legaciones, constituida ya una vez por el tratado de Campo-Formio, y después otra por el de Luneville, se organizaba nuevamente en Estado aliado y dependiente de la Francia. La Holanda, á ejemplo de la Liguria, sometía su Constitución al primer cónsul para dar en ella más fuerza al gobierno, especie de reforma que se verificaba á la sazón en todas las repúblicas hijas de la francesa. Finalmente, los negociadores de orden subalterno que antes buscaron apoyo en el mismo M. de Kalitscheff, el orgulloso ministro de Pablo I, se mostraban hoy arrepentidos de haber solicitado aquel protectorado, y hacían depender el alivio de su condición de la sola merced del primer cónsul; los que más eficazmente lo impetraban eran los representantes de los príncipes de Alemania. El tratado de Luneville había establecido el principio de la secularización de los Estados eclesiásticos, y de la repartición de los mismos entre los príncipes hereditarios. Esta repartición futura fué como el despertador de todas las ambiciones. Todas las potencias, grandes y pequeñas, aspiraron á obtener la mejor parte: el Austria y la Prusia, á pesar de ser muy poco lo que habían perdido á la izquierda del Rin, querían participar de las indemnizaciones prometidas; la Baviera, el Wurtemberg, Baden y la casa de Orange tenían sitiado con sus instancias al nuevo jefe de la Francia, porque siendo su parte la principal en el tratado de Luneville, no podía menos de ejercer grande influencia en la ejecución de este tratado. Ni la misma Rusia, representada en París por Mr. de Lucchesini, tenía á menos hacer el papel de solicitadora, y de acrecentar con sus instancias el poder del primer cónsul. De modo que los seis meses transcurridos desde la firma de Luneville, aunque señalados con reveses en el Egipto, si bien estos reveses no eran sabidos en Europa más que de un modo imperfecto, habían hecho medrar el ascendiente del gobierno francés, puesto que el tiempo hacía más evidente y efectivo su poderío. Este conjunto de circunstancias debía influir en la negociación de Londres, un momento descuidada, pero que iba á agitarse de nuevo de común acuerdo por una conformidad singular de ideas entre los dos gobiernos. El primer cónsul, al ver los primeros actos de Menou, juzgó la campaña perdida, y trató de firmar un tratado en Londres antes de verificarse el desenlace que preveía. Los ministros ingleses, incapaces de calcular como él el resultado de los acontecimientos, tenían un vigoroso golpe de mano de parte de aquel ejército de Egipto tan afamado por su valor, y querían aprovechar la primera apariencia de triunfo para negociar; de modo que después de haberse mostrado acordes para ir dando largas, lo estaban hoy también para concluir el tratado.

Pero antes de empeñarnos nuevamente en el laberinto de aquella vasta negociación donde iban á debatirse los más grandes intereses del universo, cúmplenos referir un suceso que tenía ocupada exclusivamente á la sazón toda la atención de París y que completa el singular espectáculo que ofrecía la Francia consular.

Los infantes de Parma destinados á reinar en Tosca-

na dejaron á Madrid en el momento mismo en que la familia real salió para Badajoz, y acababan de llegar á la frontera de los Pirineos. Tenía el primer cónsul empeño en que atravesasen por París antes de pasar á Florencia á tomar posesión del nuevo trono de Etruria, porque la imaginación viva del general Bonaparte se complacía en esta especie de contrastes. Lisonjeábale esa escena verdaderamente romana en que un rey iba á recibir la corona de sus manos republicanas; lisonjeábase sobre todo con poder mostrar que no temía la presencia de un Borbón, y que su gloria le hacía superior á toda comparación con la antigua dinastía, cuyo lugar estaba ocupando. Halagábale también el desplegar á los ojos de todos, en ese mismo París, teatro aún reciente de una revolución sangrienta, la pompa y la elegancia digna de los reyes; debía además aquello contribuir poderosamente á demostrar el cambio repentino que se había verificado en Francia bajo su gobierno reparador. No se desdenaba Bonaparte de desplegar en todas las solemnidades de aparato en que debían figurar su persona y su gloria aquella misma previsión solícita y minuciosa que manifestaba al disponer cualquiera grande operación militar. Gustaba de arreglar todos los pormenores, de ordenar cada cosa separadamente y de prevenir toda ocurrencia con esmero, lo cual era ciertamente necesario en un orden social de todo punto nuevo, creado sobre las ruinas de un mundo destruído. Todo estaba por hacer, hasta la misma etiqueta, la cual es necesaria aun en las repúblicas.

Deliberaron los tres cónsules muy detenidamente sobre la recepción que había de hacerse en Francia á los reyes de Etruria y sobre el ceremonial que se observaría con respecto á ellos. Para zanjar las dificultades se convino en que serían recibidos bajo el supuesto título de condes de Liorna, y en que serían tratados como huéspedes ilustres, según en el último siglo se había hecho con el joven zar que fué después Pablo I y con el emperador de Austria José II. Con este *incógnito* se evitaban cuantos embarazos hubiera podido suscitar el título oficial de rey y reina. Así se previno á todas las autoridades civiles y militares de los departamentos por donde habían de transitar.

La novedad gusta á los pueblos en todo tiempo; y ciertamente para el pueblo francés eran una novedad de las más sorprendentes un rey y una reina, y después de doce años de una revolución que había trastornado y hecho estremecer tantos tronos, y muy lisonjera puesto que aquel rey y aquella reina eran la hechura de sus victorias. Por todas partes produjo la vista de los infantes la más viva sensación: fueron recibidos con miramientos y respetos infinitos, casi con delirio. Ellos por su parte no debían apercibirse ni en lo más mínimo de que viajaban por un país recientemente desquiciado, porque no sufrieron la menor incomodidad. Sólo los realistas, poco satisfechos de esta obra monárquica de la revolución francesa, fueron los que quisieron aprovechar aquella ocasión para mostrarse un tanto dañinos: por lo cual en el teatro de Burdeos dieron con afectación y violencia el grito de *¡Viva el Rey!* que fué contestado por el de *¡Abajo los reyes!*

El mismo primer cónsul tuvo que templar por medio de instrucciones secretas el celo inmoderado de los prefectos, para que semejante aparición real no llegara á

considerarse como un gran acontecimiento. Llegaron los jóvenes príncipes á París en junio para pasar allí un mes entero; debían hospedarse en la embajada de España. El primer cónsul, aunque mero magistrado temporal de una república, representaba á la Francia, y todos los privilegios de la sangre real debían ceder ante esta prerrogativa; convínose por lo tanto en que los jóvenes reyes, anticipándose al primer cónsul, le harían la primera visita, y éste se la devolvería al día siguiente. Los cónsules segundo y tercero no podían decirse representantes de Francia en igual grado, y por lo tanto hicieron á los infantes la primera visita; así quedaba restablecida en cuanto á éstos la etiqueta que reclamaba el nacimiento y la clase. Al día siguiente de su llegada, el conde de Azara, embajador de España, condujo al conde y á la condesa de Liorna á la Malmaison, donde el primer cónsul los recibió á la cabeza de aquella corte enteramente militar que se había formado. El conde de Liorna, un tanto embarazado al ver su actitud, se echó candorosamente en los brazos del primer cónsul, que por su parte le estrechó en los suyos; trató á los jóvenes esposos con bondad paternal y con delicadas consideraciones, pero advertíase no obstante en sus miramientos toda la superioridad del poder, de la edad y de la gloria. Al día siguiente el primer cónsul pasó á visitarlos á la morada del embajador; los cónsules Cambaceres y Lebrún cumplieron por su parte los deberes que les fueron prescritos, y fueron recibidos por los jóvenes príncipes con todo el agasajo que se merecían.

Debía el primer cónsul presentar en la ópera al conde y á la condesa de Liorna al público de París, pero el día señalado para dicha presentación se halló indispuerto; le suplió el cónsul Cambaceres, y condujo á los infantes á la ópera. Así que entró en el palco de los cónsules tomó por la mano al conde de Liorna y le presentó al público, que respondió con unánimes aplausos, pero sin la menor intención maliciosa ú ofensiva. Sin embargo, los ociosos, acostumbrados á hacer sobre los acontecimientos más comunes las más sutiles interpretaciones, comentaron de mil maneras el viaje de los príncipes españoles á París; los que se contentaban con el placer de decir chistosas ocurrencias, propalaban que el cónsul Cambaceres acababa de reconciliar á Francia con los Borbones; los realistas, obstinados en esperar del general Bonaparte lo que no podía ni quería hacer, pretendían que debía considerarse aquello como un medio para predisponer los ánimos al retorno de la antigua dinastía; los republicanos, por el contrario, decían que su propósito al disponer aquella regia pompa era acostumar á Francia al restablecimiento de la monarquía en provecho propio.

Dióse orden á los ministros de no omitir medio alguno para festejar á los príncipes viajeros; Mr. de Talleyrand no necesitaba en verdad que se le mandase hacerlo. Como modelo de elegancia y de buen gusto bajo el antiguo régimen, lo era más todavía bajo el nuevo, y dispuso en el palacio de Neully una función magnífica, á que concurrió la sociedad más escogida de Francia y donde figuraron nombres que de mucho tiempo atrás no se oían pronunciar en las reuniones de la capital. Por la noche, en medio de una iluminación deslumbradora, apareció de repente la ciudad de Florencia, representada con sorprendente artificio: el pueblo

toscano, bailando y cantando en la célebre plaza del *Palazzo Vecchio*, ofreció flores á los jóvenes monarcas y coronas triunfales al primer cónsul (1). Costó aquella magnificencia inmensas sumas; recordaba las prodigalidades del Directorio, pero revelaba al mismo tiempo, con la elegancia de otra era, aquel decoro enteramente nuevo que un dueño severo sabía imprimir en las costumbres de la Francia revolucionaria. El ministro de la Guerra se reunió con el de Negocios extranjeros y dió una fiesta militar consagrada á celebrar el aniversario de la batalla de Marengo. El ministro de lo Interior y los cónsules segundo y tercero se mostraron igualmente solícitos en recibir con digna magnificencia á los príncipes viajeros, y por espacio de un mes ofreció la capital el aspecto de una fiesta continua. Pero no quería, sin embargo, el primer cónsul que los infantes asistiesen á las fiestas republicanas del mes de julio y tomó las disposiciones necesarias para que salieran de París antes del aniversario del 14 de dicho mes.

No dejó de dar en medio de aquellas brillantes representaciones algunos consejos al joven matrimonio que iba á reinar en Toscana; pero le llamó la atención la incapacidad del príncipe, el cual mientras estuvo en la Malmaison se entregó en la pieza de los edecanos á juegos propios todo lo más de un adolescente. Sólo la princesa parecía dotada de cierta inteligencia y atenta á los consejos del primer cónsul. Presagió este muy mal de aquellos nuevos soberanos impuestos á una parte de Italia, y previó que le sería menester mezclarse muy á menudo en los asuntos de su reino. «Ya ven ustedes, dijo casi públicamente á varios individuos del gobierno; ya ven ustedes lo que son estos príncipes procedentes

(1) He aquí la relación oficial de aquella suntuosa función. — «El ministro de Negocios extranjeros ha dado el 8 de junio en Neully á los condes de Liorna una brillante función que ha empezado á las nueve de la noche. Las avenidas del palacio estaban iluminadas; éste lo estaba completamente con vasos de color con tanto gusto como magnificencia. Comenzó el sarao con un escogido concierto en que tomaron parte madama Scio y madama Grassini. Después del concierto se abrieron las puertas que conducen al jardín, que apareció todo inundado de una luz tan viva como la del mediodía. Estaba en él representada, por medio de decoraciones ejecutadas con extremado arte, la plaza de Florencia, donde luce el palacio Pitti; este palacio, iluminado, ocupaba el fondo; á uno de los lados corría una hermosa tabla de agua en forma de copiosa fuente; al otro se elevaba una columna iluminada. Llenaban la plaza gran número de habitantes del país que figuraban estar aguardando la llegada de los reyes de Etruria, y celebraban aquel suceso con juegos y danzas. Preséntase de repente en medio de ellos un correo que les anuncia dicha llegada, agrúpanse todos, y prorrumpan en cánticos de loor del príncipe y del héroe que les ha abierto el camino de Florencia. Varias comparsas distribuidas en diversos puntos de la escena realizan los más lindos cuadros de Teniers. Bajan luego al jardín el conde y la condesa de Liorna, y los preceden los grupos de florentinos que los conducen entre himnos y danzas á su palacio. Pero una función campestre llama la atención hacia un bosquecillo vecino, adonde todos se encaminan. Vuelven á resonar allí lindos cantares, y después de haber dado la vuelta al jardín todos los asistentes á la función, decorado é iluminado por doquiera, vuelven á entrar en el palacio. Al llegar aquí rompen los fuegos artificiales de una isleta situada detrás del edificio, y se llena el aire de bombas y cohetes: las hogueras ocultas con las masas de árboles iluminan el espacio, y toda la comarca aparece poblada por una multitud de aldeanos de las cercanías atraídos por el suceso. Se sirvió después en cinco salones una espléndida cena, que se repitió hasta tres veces durante la noche. A media noche hubo baile. A esta función han asistido más de 1.500 personas, y el orden más admirable ha reinado constantemente en ella.» (N. del T.)



de una antigua rama, y sobre todo los que se han educado en las cortes del Mediodía. ¿Cómo es posible confiarles el gobierno de los pueblos? Por otra parte, no es malo que haya visto Francia esta muestra de la familia Borbónica; así podrá juzgar si esas antiguas dinastías son ó no capaces de satisfacer las exigencias de un siglo como el nuestro.» Todos, en efecto, viendo al joven príncipe habían hecho la misma observación que el primer cónsul (1). Nombróse al general Clarke para que sirviera de Mentor á los jóvenes monarcas con el título de ministro de Francia en la corte de Etruria.

En medio de aquel gran movimiento de negocios, en medio de aquellas funciones que por sí mismas eran también asuntos de diplomática importancia, no se había descuidado la grande obra de la pacificación marítima. Las negociaciones entabladas en Londres entre lord Hawkesbury y Mr. Otto se habían hecho públicas, pues desde que hubo premura por concluir las empezé á cesar la reserva y el disimulo. Según hemos dicho ya, al deseo de dar largas había sucedido el de concluir de una vez el tratado, porque el primer cónsul vaticinaba mal de los acontecimientos ocurridos á orillas del Nilo, y el gobierno británico por su parte temía continuamente que el ejército de Egipto alcanzase una ruidosa ó inesperada victoria. El nuevo ministerio inglés quería la paz á toda costa, por ser ella la sola razón de su existencia; en efecto, si hubiera de continuar la guerra, Pitt era para el caso muy preferible á Addington al frente de los negocios. Todos los acontecimientos acaecidos, ya en el Norte ó ya en Oriente, á pesar de haber mejorado la situación relativa de la Inglaterra, les parecían medios para conseguir una paz más ventajosa, más fácil de defender en el parlamento, pero no motivos para deseársela menos. Por el contrario, consideraban la ocasión como propicia, y no querían imitar el error que tanto se echó en cara á Mr. Pitt de no haber tratado antes de la batalla de Marengo y Hohenlinden.

El rey de Inglaterra, como hemos visto, había vuelto á entrar en ideas pacíficas por estimación hacia el primer cónsul, y también quizá por estar algo resentido contra Pitt. El pueblo, acosado por el hambre, afecto de suyo á todo cambio, miraba la conclusión de la guerra como una esperanza segura de mejorar de suerte. Todas las personas racionales sin excepción decían que bastaban ya diez años de lucha sangrienta, y que no convenía, por obstinarse neciamente, suministrar á la Francia ocasiones de engrandecerse aún más. Por otra

(1) Mr. Thiers juzga con rigor extremado al infeliz Luis de Parma, y su parcialidad hacia Bonaparte le arrastra á justificar las duras palabras con que éste le retrató ante su mismo Consejo de Estado en sesión solemne. En esto parece el autor participar de la indisculpable ligereza que mostraron sus paisanos cuando al ver en París abatido, humillado y triste al pobre rey de Etruria, no supieron achacar á otra cosa que á la imbecilidad un encogimiento y timidez propios de todo el que se ve como insultado por los agasajos de un poderoso altanero y dominante. El primer cónsul estuvo con los reyes de Etruria arrogante, insultador y grosero; habló á todos, en particular y en público, de sus defectos; encareció su incapacidad, ¡y hasta llegó á imputar al príncipe de defectos morales sus mismas dolencias físicas! Sabido es que el degraado rey de Etruria se vió acometido desde que salió de España de una grave enfermedad cerebral que le llevó á la tumba tres años después; ¡pues hasta se aprovechó Bonaparte de las circunstancias de haberle acometido cierto día que le tuvo convidado á comer, para propalar que la vista de su corte militar y republicana le hacía desmayarse!

(N. del T.)

parte, no dejaba de haber cierta inquietud en Londres por los preparativos de irrupción que se advertían en las costas de la Mancha. Sólo cierta clase de hombres, que eran los que hacían en Inglaterra las grandes especulaciones marítimas, y que habían firmado los enormes empréstitos de Mr. Pitt, se mostraban poco inclinados hacia el sistema de Addington, por considerar que la paz, abriendo los mares al pabellón de todas las naciones y al de la Francia en particular, les privaría del monopolio del comercio y acabaría con sus grandes operaciones. Todos ellos eran adictos á Pitt y á su política, y seguían votando por la guerra cuando el mismo Pitt empezaba á considerar la paz como necesaria. Pero aquellos poderosos especuladores no tenían más remedio que enmudecer á los clamores del pueblo y de los arrendatarios, y sobre todo ante la opinión unánime de los hombres sensatos del país.

Estaba, pues, resuelto el ministerio inglés, no sólo á negociar, sino á hacerlo prontamente, para poder presentar el resultado de sus negociaciones en la próxima reunión del parlamento, es decir, en el otoño. Acábase de tratar con la Rusia con condiciones ventajosas; la Inglaterra sólo tenía que ventilar con aquella corte una cuestión de derecho marítimo: había hecho algunas concesiones el nuevo emperador, y había exigido también otras que este príncipe, joven y falto de experiencia, en su premura de contentar al partido que le había colocado en el trono, y más aún de entregarse tranquilamente á sus ideas de reforma interior, tuvo la debilidad de dejarse arrebatar. De los cuatro principios esenciales del derecho marítimo sostenidos por la liga del Norte y por la Francia, sólo dos había hecho prevalecer la Rusia, desentendiéndose de los otros dos restantes. Por un convenio firmado el 17 de junio entre el vicescanciller Panin y lord Saint-Helens, se determinaron las estipulaciones siguientes:

1.º Los neutrales podían navegar libremente entre todos los puertos del globo, aun los de las naciones beligerantes. Podían, según el uso establecido, traficar en toda clase de artículos, excepto los de contrabando llamado de guerra. La definición de este contrabando estaba ajustada á los intereses de los rusos: así, los cereales, las materias navales antes prohibidas, no se consideraban como contrabando de guerra, cosa de suma importancia para la Rusia, que produce cáñamos, resinas, hierros, maderas de arboladura y trigos. Sobre este punto, uno de los más importantes del derecho marítimo, la Rusia había defendido las libertades del comercio general, defendiendo los intereses de su comercio particular.

2.º El pabellón no protegía la mercadería á menos que esta mercadería hubiese sido comprada por cuenta del traficante neutral. Así, el café procedente de las colonias francesas, y los metales exportados de las colonias españolas, no podían ser materia de apresamiento, una vez que hubiesen pasado á ser propiedad de un danés ó de un ruso. Ciertamente es que con esta reserva se salvaba en la práctica una parte del comercio neutral; pero la Rusia sacrificaba el primer principio del derecho marítimo; á saber: *que el pabellón protege la mercadería*, y no sostenía la noble empresa que había intentado llevar á cabo bajo los reinados de Pablo y de Catalina. Esta protección hacia el débil, tan ambicio-



FERNANDO IV



nada por ella en el continente, quedaba tristemente abandonada en los mares.

3.º Los neutrales, aunque pudieran navegar libremente, debían detenerse, según costumbre, á la entrada de todo puerto realmente bloqueado con *peligro inminente de forzar el bloqueo*. En cuanto á esto, manteníase con todo rigor el gran principio del bloqueo real y positivo.

4.º Finalmente, el derecho de visita, asunto de tantas contestaciones y causa principal de la última liga del Norte, quedaba establecido de una manera poco honrosa para el pabellón neutral. No se quiso en manera alguna admitir que pudieran ser visitados los buques de comercio llevados de conserva por un navío del Estado que atestiguaba con su presencia su nacionalidad, y sobre todo la ausencia de todo contrabando á su bordo. En efecto, la dignidad de la bandera militar no admitía que un capitán de navío, quizás un almirante, pudieran ser detenidos por un corsario autorizado por una mera patente. El gabinete ruso creyó salvar la dignidad del pabellón por medio de una distinción: decidióse que el derecho de visita con respecto á los buques mercantes convoyados no podría ejercerse en adelante por todo buque sin distinción, sino solamente por los navíos de guerra. Un corsario autorizado con una mera patente no tenía derecho para detener é interpellar un convoy escoltado por un buque de guerra. Ya no podía, pues, ejercerse el derecho de visita sino de igual á igual. Por este medio se evitaba sin duda alguna parte del inconveniente, pero se sacrificaba la esencia del principio, y quedaba la cosa tanto menos honrosa para la corte de San Petersburgo, por cuanto se trataba de un principio, entre los cuatro contestados, que había sido causa de que Copenhague fuese bombardeada por Nelson tres meses antes y de que Pablo I hubiese querido levantar contra Inglaterra á Europa entera.

La Rusia, pues, había hecho prevalecer dos de los grandes principios del derecho marítimo sacrificando otros dos; pero Inglaterra, fuerza es reconocerlo, había hecho concesiones, y en su deseo de obtener la paz, había desistido de algunas de las ambiciosas pretensiones de Pitt. Los daneses, los suecos y los prusianos fueron invitados á adherirse á aquel convenio.

Libre de Rusia, y habiendo logrado un triunfo en Egipto, sólo se proponía Inglaterra sacar de la mejora de su situación una paz más pronta con Francia. Lord Hawkesbury llamó á Mr. Ottó á la secretaría de Negocios extranjeros, y le encargó que presentase al primer cónsul la siguiente proposición: «Egipto, le dijo, se halla en este momento invadido por nuestras tropas; éstas deben recibir en breve poderosos auxilios, y su triunfo es probable. No obstante, la contienda, lo confesamos, no está ventilada todavía. Pongamos término á la efusión de sangre; convengamos en no tratar de conservar Egipto ni unos ni otros, y evacuémosle para devolvérselo á la Puerta.»

A esta proposición agregaba lord Hawkesbury la pretensión de conservar á Malta. «Malta, decía él, no debía ser evacuada por Inglaterra sino cuando Francia hubiese abandonado voluntariamente el Egipto. Y siendo hoy este abandono de parte de Francia, no ya una concesión voluntaria, sino una consecuencia forzosa de

los acontecimientos de la guerra, ya no había derecho de exigir por él en trueque la restitución de Malta.»

Por lo que hace á las Indias Orientales persistía el ministro inglés en la conservación de Ceilán, y se contentaba con ella. Ofrecíase restituir á Holanda el Cabo de Buena Esperanza, y además las tierras que en el continente de la América meridional la habían quitado, como el Surinam, Demerara, Berbice y Essequibo; pero pedía en las Antillas una de las dos grandes islas, la Trinidad ó la Martinica, á elección de Francia.

De este modo el resultado definitivo de los diez años de guerra transcurridos hubiera sido reconocer á Inglaterra como dueña de todo el Indostán y de la isla de Ceilán en el mar de las Indias, de la Trinidad ó de la Martinica en el mar de las Antillas, y de la isla de Malta en el Mediterráneo; tal era el regalo que el gabinete podía hacer al orgullo inglés en cada uno de los mares principales.

Inmediatamente contestó el primer cónsul á las ofertas de Inglaterra. Del mismo modo que el gobierno de ésta se apoyaba en los sucesos de Egipto para aventurar sus grandes pretensiones, él á su vez se apoyaba para rechazarlas en los sucesos de Portugal. «Lisboa y Oporto van á pertenecernos si nosotros queremos. En este momento se está tratando en Badajoz para salvar á las provincias del más fiel aliado de Inglaterra. Portugal propone para rescatar sus Estados que excluirá á los ingleses de todos los puertos, pagando además una contribución de guerra considerable, y España parece dispuesta á acceder á dicha proposición. Pero todo depende del primer cónsul: puede éste admitir ó rehusar dicho tratado, y va á rechazarle, va á hacer ocupar militarmente las principales provincias de Portugal si Inglaterra no se aviene á la paz bajo condiciones razonables y moderadas. Se pretende, añadió, que Francia abandone el Egipto. Sea; pero la Inglaterra por su parte habrá de evacuar á Malta; renunciará á la Martinica y á la Trinidad, y se contentará con la isla de Ceilán, adquisición harto pingüe que completa en exceso el soberbio imperio de las Indias.»

El negociador inglés respondiendo á estas proposiciones se explicó en un sentido poco satisfactorio para Portugal, y que probaba lo que por otra parte ya se sabía, que Inglaterra no se curaba gran cosa de los aliados á quienes había comprometido. «Si el primer cónsul, respondió lord Hawkesbury, invade los Estados de Portugal en Europa, la Inglaterra invadirá los Estados de Portugal allende los mares. Se apoderará de los Azores y del Brasil, y se hará con prendas que valdrán en sus manos mucho más que el continente portugués en manos de la Francia;» lo cual significaba que la Inglaterra, en vez de defender á un aliado, intentaba vengarse á costa de este mismo aliado de las nuevas adquisiciones que pudiera hacer su rival.

Comprendió el primer cónsul que era preciso adoptar en aquella ocasión un lenguaje enérgico, y manifestar la resolución que ya en el fondo de su ánimo existía de luchar á brazo partido con la Inglaterra hasta reducirla á pretensiones menos desmedidas. Declaró, pues, que jamás bajo condición ninguna concedería la isla de Malta; que la Trinidad pertenecía á un aliado cuyos intereses defendería como suyos propios; que no abandonaría esta última colonia á los ingleses; que por lo